

IMPERIO GALACTICO

SELECCION:
BRIAN W ALDISS

1



Algunas historias han sido inmerecidamente olvidadas desde su publicación las ahora desaparecidas revistas de ciencia ficción; las otras son de clásicos reconocidos. Todas ellas han sido colocadas con cuidado de modo que encajen lógicamente en la saga total de conquista del hombre de la galaxia, las guerras de Imperio, la disolución final y destrucción del mayor esfuerzo de la humanidad.

Dentro de la vertiente de la ciencia ficción llamada *Space Opera* tiene una importancia primordial el tema de los imperios galácticos. Colosales imperios que abarcan cientos de mundos y miden sus dominios por parsecs. Imperios cuyo esplendor rivaliza con el de las propias estrellas y cuyo derrumbamiento las hace estremecer.

Presentación

Dentro de la vertiente de la ciencia ficción llamada *Space Opera* —esa rama del género entre ingenua y visionaria— tiene una importancia primordial el tema de los imperios galácticos, del mismo modo que los reinos fabulosos juegan un papel básico en la narrativa heroica de todos los tiempos.

Colosales imperios que abarcan cientos de mundos y miden sus dominios por parsecs. Imperios cuyo esplendor rivaliza con el de las propias estrellas y cuyo derrumbamiento las hace estremecer...

Brian W. Aldiss, autor de *Barbagris*^[1], uno de los más importantes autores de ciencia ficción actuales y uno de los mejores conocedores del género, ha recopilado una extensa antología (que ofrecemos a nuestros lectores en cuatro volúmenes de los que este es el primero) que muestra las facetas más características y los distintos enfoques de esta fascinante temática a medio camino entre lo especulativo y lo legendario. Cada volumen está dividido a su vez en dos partes, con lo que la antología completa consta de ocho selecciones, dedicadas a otros tantos aspectos básicos del tema.

Los autores incluidos en este y los otros volúmenes no necesitan presentación. La mayoría de los grandes maestros están aquí: Clarke, Anderson, Asimov, Simak, Blish, Van Vogth..., pues pocos son los autores que no se hayan sentido atraídos en un momento u otro por este tema grandioso y singular.

Por supuesto, los cuatro volúmenes son totalmente independientes, ya que todos los relatos lo son entre sí. Juntos, sin embargo, constituyen la más completa y representativa antología jamás realizada sobre una de las ramas más sugestivas del género.

CARLO FRABETTI

Introducción

Imperios galácticos representa la última locura en ciencia ficción.

Imperios galácticos representa una relación promiscua entre la ciencia y el encanto, con un predominio general del encanto.

Imperios galácticos representa lo más espectacular en el campo de la ciencia ficción.

Los imperios galácticos han sido condenados a menudo como tales por las personas serias y sensatas. Eso puede deberse menos a los errores intrínsecos del género que al hecho de que las personas serias y sensatas son muy dadas a la condena. Sin embargo, uno puede ser bastante sensible y seguir encontrando placer en leer cosas sobre tipos armados de corazas con hachones, bebiendo en grandes copas y conduciendo caballos de guerra hacia las naves espaciales antes de precipitarse a través del espacio a muchas veces la velocidad de la luz.

En otras palabras, estas narraciones pueden ser tomadas en serio. Lo que no se debe hacer es tomarlas literalmente. Sus autores no lo hicieron. Cada cosa tiene su forma de leerla.

La mayor parte de estos relatos fueron escritos para divertir. Pero hay muchos niveles de diversión. La responsabilidad de un antologista es precisamente la de ser serio y sensato en este asunto. Pero antes... una cita de una de las

narraciones publicadas en esta antología (ya llegará a leerla):

«Los cascos recubiertos de metal resonaron sobre el pavimento con dura cadencia mientras los doce guardias escoltaban a Deralan hacia el centro de la Avenida de los Reyes. La en otro tiempo orgullosa calle se había convertido ahora en un lugar de bazares. Rael era un planeta antiguo, sabio y agrio. Hasta él habían llegado las heces de mil planetas, los aduadores, los tramposos con su buen olfato para la depravación, con su insolente contoneo. Ya no se podía andar solo por la noche en Rael».

La miseria destartalada es a menudo un atractivo en la narración galáctica. Las calles de Rael están depravadas por buenas razones, pero estas ocupan un segundo lugar, detrás de lo pintoresco. En mil Ráeles posibles, los autores nos conducen instintivamente hacia la más próxima tabernucha, antes que mostrarnos cómo funciona el sistema de alcantarillado (a menos que nuestro héroe tenga que verse obligado a escapar por él), o cómo se acumulan las ratas para beneficio mutuo de todos. Esos autores conocen nuestros gustos.

Lo que hacen principalmente los autores es contarnos una historia con criaturas extrañas, duelo de espadas, artilugios fascinantes y —preferentemente— hermosas princesas. En cuanto a la narración en sí, suele ser bastante tradicional. Son relatos en los que lo esencial del caso se resuelve mediante la utilización de una inteligencia rápida, el coraje y la fuerza bruta. Si esto suena como un cuento de hadas, habría que decir, sobre los cuentos de hadas, que nos encantan y amplían nuestras percepciones. Tal y como Michael Shaara dice en su relato:

«La historia de la Tierra y de toda la humanidad se extinguió y se perdió. Oyeron hablar de grandes razas y de mundos ilimitados, y del gobierno inimitable que era el de la Federación Galáctica. La ficción, las leyendas, los sueños de miles de años se habían convertido en realidad en un momento, en la figura de un pequeño anciano que no era de la Tierra. Tendrían que aprender mucho y aceptar aún mucho más en el período de una sola tarde, y en un planeta extraño».

La ciencia es una cuestión tenue al lado de este material legendario.

Digo que esto es lo que hacen principalmente los autores. Sin embargo, hay una moraleja que sopla de vez en cuando como un viento frío por la Calle Mayor de Rael, recorriendo todo el cuento galáctico: que es mejor gobernar que ser gobernado. En más de una de las narraciones incluidas aquí, los gobernados se convierten en los gobernadores en el transcurso de la historia. En el caso de que el mensaje no se comprenda del todo, hay un apartado especial en el tercer volumen titulado *El otro extremo del garrote*, en el que Mack Reynolds y sus colegas nos hacen comprender adecuadamente, la tarea. Mark Clifton y Alex Apostolides también tienen que decir algo convincente sobre la cuestión.

La moralidad está siempre muy bien, pero a mí denme el lujo. Existe un lujo innegable en las más características de estas historias, un lujo que se manifiesta como de pasada.

No se puede dejar de admirar la descripción del derroche, que contiene en unas pocas líneas el esplendor de la tecnología y la calidad tudoriana del pasado:

Siguió su cuerpo ondulante a lo largo de los pasillos llenos de colgaduras, penetrando en las pequeñas habitaciones y pasando junto a puertas de roble. Ella llegó junto a una pared desnuda, elevó el brazo y apretó las rosadas yemas de sus dedos contra una piedra rosada, casi roja.

—Las espiras que hay en las yemas de mis dedos ponen en marcha un mecanismo de encendido oculto en la piedra —explicó ella—. Es mejor que cualquier llave.

En alguna parte, zumbó una máquina y la pared de roca comenzó a girar.

No se puede dejar de admirar la forma en que los villanos o los héroes vuelan a través de las remotas galaxias de estrellas, persiguiéndose los unos a los otros. Ni la forma en que la Razas Antiguas, los Terribles Secretos, las Fuerzas Antiguas o los simples, furtivos y viejos teleportadores surgen a cada paso. Y no le queda a uno más remedio que admirar a las mujeres imperiales.

Se ha de decir que la mayor parte de estas historias fueron escritas en una época inocente, antes de la aparición del Women's Lib, y que, a menudo, los propios autores se encontraban en una edad inocente. Y así, se ofrece una imagen claramente romántica de mujeres como Daylya, «cuya belleza había sido como un grito cálido en la noche». El comandante Cordwainer es prácticamente único en tener una esposa a la que ama prosaicamente. Las bellezas con las que uno se encuentra aquí son aptas para materializarse en circunstancias siniestras, y para vestirse —o desnudarse— para matar, como Alys, en el más espectacular de los cuentos del segundo volumen.

«Observó la graciosa línea de su cuello sin adornos, los hombros y pechos desnudos, el pequeño ta-

lle, el estómago plano y firme... todo revelado por la estudiada desnudez de la moda de las Marcas Internas. No era ninguna niña». Así lo esperamos todos, fervientemente. A menudo, suena una nota de melancolía y desesperación, cuando la heroína está perdida. «Recordó el sonido de su voz y la dulzura de sus labios, y la amó. Un millón de años, y ella era polvo soplando en el viento de la noche...».

Algunos comentaristas aseguran haber visto algo siniestro en la idea de una civilización galáctica, relacionándola con los diseños imperialistas norteamericanos. Esto me parece absurdo. Las historias no contienen esa clase de aspecto de interpretación. A pesar de todo, es digno hacer notar que los mejores exponentes de los imperios galácticos son norteamericanos, con una sola excepción (el gran Olaf Stapledon). Probablemente, los ingleses, que tuvieron un imperio, consideraron la cuestión como algo más prosaico.

Otra objeción es la de que no estamos moralmente preparados todavía para dirigir nuestro propio mundo, de modo que el pensar de nosotros mismos que somos capaces de extendernos por otros mundos es una ofensa al buen sentido. Esta objeción podría tener más fuerza si los autores estuvieran tratando realmente de profetizar, o se esforzaran por mostrarnos cómo podríamos apoderarnos de una galaxia. Pero, desde luego, no hay nada más lejos de la verdad. Están interesados en la tarea perenne de los escritores, que consiste en coger a una audiencia por su oreja colectiva y narrarle un buen relato, incluyendo al mismo tiempo unas pocas verdades propias. La predicción no tiene nada que ver con ello. (Todo lo que estoy dispuesto a admitir es que si la Tierra establece un imperio galáctico, o se ve incorporada a él en, por ejemplo, trescientos años, no cabe la menor duda de que la idea ya estaba bullendo en

nuestro inconsciente colectivo durante el siglo XX —y sobre todo en ese trozo de inconsciente colectivo llamado Poul Anderson). C. S. Lewis— que, en general, es un crítico muy astuto de ciencia ficción —planteó otra objeción contra la narración galáctica, al quejarse de que, en tal caso, el autor «procede a desarrollar una narración ordinaria de amor, de espionaje, de accidente, de crimen. Y eso me parece algo de muy poco gusto. Todo aquello que no se utilice en una obra de arte, está haciendo daño». Lewis yerra extrañamente, tratándose de un seguidor tan agudo como lo es él de la ciencia ficción. Leemos la historia de amor, de espionaje o de lo que sea *porque* se está desarrollando en una enorme nave espacial de cincuenta kilómetros de longitud, *porque* está localizada en un planeta en el que el sol entra en eclipse una hora sí y otra no, *porque* sucede en la capital del mayor imperio que jamás conociera el universo. Nuestra sensibilidad se ve afectada por los lugares donde suceden las cosas, y por saber que estamos leyendo algo sobre personajes legendarios que están viviendo cientos de años por delante de nosotros, en el futuro. Abandonaríamos inmediatamente la lectura de la historia si supiéramos que todo eso está sucediendo en Leicester, en el año 1976.

¿Estoy afirmando con ello que esta antología contiene simplemente literatura de evasión? Si es así, permítanme citar de nuevo a C. S. Lewis, en esta ocasión de parte de la justicia (de mi lado). Él pensaba que la acusación de escapismo era muy extraña.

«Nunca la comprendí por completo, hasta que mi amigo el profesor Tolkien me hizo una pregunta muy simple: ¿Qué clase de hombres cree usted que se sentirán más preocupados y más hostiles con respecto a la idea de escapar? Y me dio la evidente contestación: los carceleros».

En relación con esto, me di cuenta, al reunir las narraciones, de que la mayor parte de ellas fueron publicadas por primera vez en los años cincuenta. Esto pudo deberse en parte al hecho de que, por aquel entonces, se publicaban muchas revistas de ciencia ficción, más que antes o que desde entonces. Pero una parte más significativa de la explicación radica seguramente en el hecho de que nos encontrábamos en la época de la Guerra Fría, aquellos años fríos en los que el Este y el Oeste se hallaban frente a frente, montado cada uno sobre un enorme montón de bombas H, La Tierra no era por entonces particularmente habitable para la imaginación. Era un verdadero alivio poder hacer un viaje por las afueras. (Y notarán ustedes que la *radiación* aparece como una amenaza siniestra y a menudo curiosamente irrealista en un gran número de estos relatos).

Para recopilar esta antología, me he limitado prácticamente a seleccionarla de las revistas de ciencia ficción. Hay muchas antologías de ciencia ficción en el mercado; pero muy pocos de sus editores parecen haber estudiado otra cosa que no sean otras antologías. Yo, en cambio, estoy más interesado en rescatar del olvido aquellas narraciones que, aun cuando no fueron escritas por autores famosos — por una razón u otra—, pueden ser leídas y disfrutadas en la actualidad.

Los cuatro volúmenes de esta antología contiene; veintiséis narraciones recogidas de catorce fuente diferentes, que se extienden a lo largo de treinta cuatro años. Algunas de aquellas revistas fueron oscuras, otras en cambio fueron muy queridas. La mayor parte de ellas ya han desaparecido. Fueron buenas mientras duraron; formaron otro imperio que también se ha desvanecido.

Publicamos también las entradillas originales que aparecieron junto con las narraciones en su primer; publicación. Aquellas entradillas eran, de por sí, una pequeña forma de arte.

Allí donde no existían este tipo de introducciones, han sido elaboradas.

BRIAN ALDISS. Heath House Southmoor. Julio de 1975

1

UN SENTIDO DE PERSPECTIVA

Germinando en regiones muy alejadas, estos imperios dominaron fácilmente cualquier mundo subatómico que se encontraba a su alcance. De este modo, se extendieron de un sistema planetario a otro, hasta que, finalmente, un imperio estableció contacto con el otro.

Siguieron después guerras como no se habían dado nunca antes en nuestra galaxia.

Las flotas de los mundos, naturales y artificiales, maniobraron entre las estrellas para burlarse mutuamente y destruirse las unas a las otras con cohetes de largo alcance y energía subatómica. A medida que el progreso de la batalla se fue extendiendo más y más lejos a través del espacio, quedaron aniquilados sistemas planetarios enteros.

Muchos espíritus universales encontraron un fin repentino. Más de una raza interior, que no tenía arte ni parte en la contienda, se vio destrozada en la guerra celestial que la rodeó.

OLAF STAPLEDON: Hacedor de Estrellas.

Algunas ideas son tan poderosas, se encuentran tan cerca de los fundamentos del pensamiento humano, que se imponen en reinos en los que parecen tener derecho a ocupar un lugar. La idea de los ciclos o estaciones es una de

ellas. El pensamiento cristiano está familiarizado con la idea de un Reino Eterno, pero «sobre la Tierra», en la realidad, ningún reino dura siempre. Los fantasmales imperios galácticos de la ciencia ficción también demostraron ser cíclicos. Así pues, en este sentido, lo mismo sucede con las galaxias.

Para quienes viven en el ecuador, o para quienes habitan planetas que no conocen las estaciones, la naturaleza cíclica del universo puede ser menos evidente. Puede ser. Pero las condiciones básicas de la vida —nacer, procrear y morir— nos familiarizan a la fuerza con el significado del cambio estacional. En este volumen comenzamos, siguiendo el ciclo de la Madre Naturaleza, con la primavera de los imperios.

Sin embargo, la mayor parte de las historias de la sección casi podrían pertenecer también al final. Tomemos el caso de Jeff Otis, investigando unas ruinas en el planeta de una estrella binaria. La civilización terrestre ya se ha extendido por fin hacia el espacio interestelar, habiéndose abierto ya cinco nuevos sistemas planetarios. Este, en el que nos encontramos ahora, está siendo preparado para la colonización. Y, entonces, Otis consigue acercarse algo más a una de las extrañas criaturas. Tal y como H. B. Fyfe relata en su narración, maravillosamente construida, la criatura en cuestión posee un fragmento de información capaz de cambiar la perspectiva de todo lo que les rodea.

Es curiosa la atracción que tienen las ruinas para los escritores de ciencia ficción. Eso forma parte de la herencia gótica de esta narrativa y, al mismo tiempo, creo que es un símbolo de la forma en que nos vemos viviendo a nosotros mismos entre las ruinas de las creencias religiosas o de una cultura más profunda... Solo durante los diez últimos años se ha prestado una atención crítica a la ciencia ficción; la mayor parte de los críticos han observado la forma sorprendente en que la ciencia ficción, al abandonar el literalismo y avanzar hacia el surrealismo, proporciona una clase especial

de espejo para su propio tiempo. Se podría decir que los imperios galácticos han sido inventados porque sentimos nostalgia de esa clase de cohesión cósmica; su tendencia es tanto religiosa como materialista.

Así pues, no se sorprendan demasiado si de estos relatos surgen inesperadamente toda clase de complicaciones. La implicación existente en el relato de Michael Shaara está relacionada con el diablo y su conexión con la raza humana. Se trata de una narración típica de ciencia ficción en el sentido de que supone enormes saltos de tiempo y espacio — una libertad que es la razón por la que muchos de nosotros leemos relatos de ciencia ficción—. Inevitablemente, las perspectivas cambian durante el proceso.

Y, a propósito, esta fue la primera o la segunda narración de Shaara en ser publicada.

Él fue uno de los muchos nuevos autores que aparecieron a principios de los años cincuenta. Recientemente, ha ganado un premio Pulitzer por su novela sobre la guerra civil norteamericana, *Los ángeles asesinos*.

Los dos relatos que inician la selección, escritos por Arthur C. Clarke y R. A. Lafferty, son cortos. Sirven como oberturas al gran tema de la expansión colonial. Ponen en marcha la escena, dentro de un marco de referencia. Clarke, con una de sus características propias, nos recuerda que lo grande y lo pequeño están relacionados; ambos aspectos forman parte del proceso que está actuando en el universo. Un proceso que, en su totalidad, es indiferente al hombre. Puede que las incursiones del hombre en el universo, si es que llega a realizarlas, sean como las de los lemingos, antes que una progresión racional.

En cuanto a R. Á. Lafferty, nos recuerda... Bueno, Lafferty es un hombre muy divertido, y eso es precisamente lo que nos recuerda. En este *largo viaje hacia el exterior* necesitaremos un buen sentido del humor, así como de la sorpresa.